



ΟΙΚΟΥΜΕΝΙΚΟΝ ΠΑΤΡΙΑΡΧΕΙΟΝ

Ἱερα Μητρόπολις Μπουένος Ἀϊρες καὶ Νοτίου Ἀμερικῆς

Lerma 260. C1414AZF CABA. Argentina. Τηλ. +54 11 45085402-04.
www.ortodoxia.com.ar

HOMILIA

Domingo de la Samaritana

por el Arzobispo Iosif de Buenos Aires y Sudamérica

“Εγώ εἶμι, ὁ λαλῶν σοι.”
“Yo-Soy, el que te habla.”

Si tuviéramos que describir el término “apocalipsis”, creo que la presente perícopa evangélica sería uno de los medios más adecuados para tal objeto. **Apocalipsis**: revelación; o, mejor dicho, **de-velación**. Es la acción propia de la divina providencia, por ello Jesús aclara a sus discípulos: “*Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo -completar- su obra.*”

Apocalipsis: de-velación; se caen los velos; se de-construye lo que cubre la Verdad, porque la misma **ad-viene**: a veces irrumpe intempestivamente; otras, se desliza y se expande mansa e imperceptiblemente. Es un proceso que cuando ocurre implica **in-minencia**: “*pero se acerca la hora... y ya ha llegado...*”- dice el Maestro tratando de describir la **sin-cronicidad** de un evento que, si bien se espera, ya está sucediendo. Pareciera que la eternidad se mezclara con la cronología: “**ya, y aún no**”: y viceversa.

Cuando escuchamos la palabra “**apocalipsis**”, al menos en el imaginario occidental cristiano, inmediatamente identificamos el término con las postrimerías, y con aquella disciplina teológica llamada *escatología* que tiene como objeto su análisis y estudio. Este automatismo, este *cliché* cultural -y porque no también (pseudo-)teológico- debe ser reformado. El lector más entrenado en terminología teológica encontrará mi postura quizás un poco generalizada, ya que seguramente conoce el capítulo propio de la teología sistemática que analiza las formas en las cuales Dios se da a conocer en la historia sacra: **Revelatio**. Sin embargo, supongo no me quitará la razón en términos generales. Me basta con subrayar que *Dios se revela a Sí mismo a través de Sí mismo*. Hasta ahí ninguna novedad. ¿Cómo? Tal como lo hace con la Samaritana.

Irrumpe Dios mismo en la realidad de la mujer, en aquella aldea llamada Sicar, en Samaria, un día como cualquier otro. Jesús está solo; se ha cansado por el viaje y se ha sentado en el pozo de Jacob mientras ha enviado a los discípulos a

comprar comida. Estando solo aparece la mujer a sacar agua del pozo. He aquí la escena principal del relato. ¿Quién inicia el diálogo? ¿Quién tiene la iniciativa? Paradójicamente Jesús. Y digo “paradójicamente” porque nadie imaginaría en aquella época a un rabino hebreo hablando con una mujer samaritana: “*En ese momento llegaron sus discípulos y quedaron sorprendidos al verlo hablar con una mujer. Sin embargo, ninguno le preguntó: «¿Qué quieres de ella?» o «¿Por qué hablas con ella?».*” Tamaña desvergüenza e innovación a nadie se le hubiera ocurrido entonces; de hecho, hasta la misma mujer se sorprende: «*¿Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?»* He aquí la irrupción -casi provocativa-imperiosamente desafiante, pero por sobre todo *trascendental, inclusiva, personal*. Pero el *factor sorpresa* no apoca ni aún limita a la mujer. Contrariamente, la incita a entablar diálogo con el “extraño”-en todo sentido, claro está- hebreo que, de nuevo “*paradójicamente*”, le pide agua. Abro un paréntesis: ¡qué escena ésta! Dios pidiendo; en este caso, agua. Agua, el elemento principal que desata e impulsa el simbolismo en todo el relato.

El diálogo comienza. Ambos interlocutores están en dos escenarios -y dimensiones- conceptuales¹ diferentes. Jesús habla de una cosa y la Samaritana entiende otra. Jesús, aún así, sigue el diálogo. Jesús se está revelando, se está dando a conocer, mientras la mujer no puede percibirlo aún. A continuación, Jesús da el golpe de “gracia”; porque Dios cuando se revela a Sí mismo, cuando se da a conocer, revela todo lo que está a su alrededor; y viceversa. En este caso descubre la realidad de la mujer incitándola naturalmente a aceptarla: «*Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido; en eso has dicho la verdad*» La mujer queda perpleja: “*Señor, veo que eres un profeta.*” Pero aún no comprende por completo. Continúa el diálogo y la misma mujer habla de su fe, de su certidumbre, de su convicción: «*Yo sé que el Mesías, llamado Cristo, debe venir. Cuando él venga, nos anunciará todo*». Este es el punto de inflexión de la escena; diría que es la bisagra, el punto donde se produce la condición necesaria para que exista la **Revelatio**: la **Relatio**. No hay **develación** sin **relación**. En este punto convergen Cristo y Fotiní; es esta articulación la que da pie al **plenum revelationis**: “**Εγώ εἰμι, ὁ λαλῶν σοι. Yo-Soy, El-Que-habla a ti.**” Esto me recuerda a un episodio del AT: “*καὶ εἶπεν ὁ Θεὸς πρὸς Μωϋσῆν λέγων· ἐγὼ εἰμι ὁ ὢν. καὶ εἶπεν· οὕτως ἔρεῖς τοῖς υἱοῖς Ἰσραὴλ· ὁ ὢν ἀπέσταλκέ με πρὸς ὑμᾶς. Y dijo Dios a Moisés diciendo: Yo-Soy-El-Que-Es. Y dijo: de esta manera di a los hijos de Israel: El-Que-Es me mandó hacia Uds.*” (Ex. 3:14).

Es menester en esta coyuntura resalte que la moral de la interlocutora es -al menos- dudosa. Jesús dialoga -y se revela- a una Samaritana de ambigua reputación. Jesús no juzga, no reprende, no reprocha: sigue el diálogo hasta que la mujer revela su fe. Fe; vuelvo a la definición paulina: “*Ἔστιν δὲ πίστις ἐπιζομένων ὑπόστασις, πραγμάτων ἔλεγχος οὐ βλεπομένων.* Es, pues, la fe la **existencia actual** de las cosas que se esperan, la **prueba indudable** de las cosas que aún no se ven.” (Heb. 11:1).

En la mujer en cuestión -imagen universal de todo ser humano- coinciden como en un **contrapunto existencial** fe e imperfección; ¿no será que esta realidad tan antinómica, contrastante e incoherente -pero hasta me atrevería a decir

¹. Conceptuales: ¡por lo menos conceptuales! Pero esto no impide la acción de Jesús, al contrario, la incita.

necesaria- es propia de la humana realidad en todo su arco existencial? Evidentemente sí, es propia de la naturaleza adámica post caída; un estado que revela una naturaleza agonizante, que lucha, que pugna por retornar a su primigenia naturaleza. ¿Cómo se resuelve esta agonía? **Con su compleción ontológica.** Y solo Dios -la **contraparte arquetípica-** puede tener la iniciativa y llevarla a cabo. Es por ello que Dios se revela, se da, se comparte; por ello se hace hombre; por ello la asume y la une a su naturaleza divina y la **“en-hipostatiza”** en su propia persona: nuevamente la “compleción-perfección”: *“Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo -completar- su obra.”* **Revelación, entonces, es redención:** *“Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores.”* (Mc. 2:17). *Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.”* (Jn. 12:47).

Luego de la revelación de la identidad de Jesús la mujer abandona intempestivamente la escena y con sacra espontaneidad se dirige a la aldea a **“dar testimonio”** de su experiencia. La Samaritana se convierte en **“mártir”**: La mujer, dejando allí su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a sus coterráneos: *“Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que hice. ¿No será el Mesías?».* Salieron entonces de la ciudad y fueron a su encuentro.” Fueron a su encuentro: una vez más la noción de “relación”. La palabra de la mujer da frutos; la palabra de la mujer reverbera la persona misma del Mesías, se convierte en su eco, en su extensión, y es por ello que **Fotini -la Samaritana y equiapostólica- proclama al Cristo aún antes que los apóstoles mismos:**

“Levanten los ojos y miren los campos: ya están madurando para la siega. Ya el segador recibe su salario y recoge el grano para la Vida eterna; así el que siembra y el que cosecha comparten una misma alegría.”

¡CRISTO RESUCITÓ!
¡VERDADERAMENTE RESUCITÓ!